

Marejadilla a marejada¹

“Tempests are kind...”

En *Noche de Reyes* un naufragio ha separado a Viola de Sebastián, su gemelo. Viola suspira: su hermano estaría “en el Eliseo”, o “quizás” no se haya ahogado, pues lo vieron amarrarse “a un mástil fuerte” (I, II, 1 – 17). Sebastián, por su parte, creía a su hermana “ahogada” (II, I, 22 y 29). Pero Viola vio que la confundían con su mellizo, y contaban la historia de su rescate. “¡Prueba que eres, imaginación, verdadera, oh, prueba que eres verdadera...!” (III, IV, 384) Sabía ella que su hermano vivía “aún en [su] espejo” (III, IV, 391). “¡Oh, si veo esto probado, / son bondadosas las tempestades, y las olas saladas enamoradas nuevas y dulcísimas!” (III, IV, 393 – 394) Así será, que Viola y Sebastián se reunirán, para que acabe en comedia, en el puerto de Iliria.

¹ Manuel Palazón Blasco, *segundos juguetes que he fabricado revolviendo en los armarios de Shakespeare*. Valencia, Obrapropia. ISBN 978-84-16048-22-9. Depósito Legal: V-3163-2013.

“What tempest...?”

Sir John Falstaff, el gordo capitán de golfos, buscaba burlar a dos casadas de Windsor, las “alegres” que titulaban la comedia. Una se quejaba así: “¿Qué *tempestad*, me pregunto yo, habrá arrojado a esta ballena, con tantísimos toneles de grasa en la barriga, a esta playa de Windsor?”

Otra *tempestad* mágica, de cuento.

La primera edición en cuarto de la comedia, de 1602, dice en su portada que había sido “Representada por los Servidores del muy Honorable Lord Chambelán tanto delante de su Majestad como en otros lugares”.

John Dennis, en su dedicatoria a *El galán cómico*, de George Granville, en 1709, afirma que “esta Comedia fue escrita siguiendo su Orden, y bajo su dirección”. Ese mismo año Nicholas Rowe, en la biografía con que acompañó *Las obras de Mr. William Shakespeare*, añade que la Reina “estaba tan encantada con el admirable Personaje de *Falstaff*, en las dos Partes de *Enrique IV*, que le ordenó que las continuase en una Comedia más, y lo mostrase Enamorado”.

Si acierta esta tradición, la Reina Isabel (la llamaron Reina de Hadas) inició con su poderoso aliento (con su palabra formidable) aquella *tempestad* que dejó a Falstaff varado en una playa de Windsor. Si no, fue el capricho de su autor, encariñado con el personaje.

(*Las alegres comadres de Windsor*)

Tempestad doblemente venturosa

Una “tempestad desesperada” (II, I, 21), “tremenda [foul] y violenta” (II, I, 34), ha provocado la “segregación de la flota turca” (II, I, 10), y el hundimiento de muchas de sus naves. Chipre está a salvo. Casio ha tocado, el primero, su puerto. Ha “perdido” a Otelo “en un mar peligroso”, y ruega a “los cielos” que “lo defiendan de los elementos” (II, I, 44 – 46). Llego luego Yago, “el alférez del general”, que trae a su novia.

*--Ha tenido la travesía más favorable y feliz.
Las tempestades mismas, los altos mares, y los aulladores vientos,
Las gastadas rocas y las arenas congregadas,
Traidores todos agazapados bajo el océano para obstruir a la inocente barca,
Al percibir la belleza omiten
Sus mortales naturalezas, dejando pasar a salvo
A la divina Desdémona.*

(II, I, 66 – 73)

Llega, por fin, la nave capitana, con Otelo, y saluda a Desdémona: “¡Oh, alegría de mi alma, / si después de cada tempestad vienen calmas así / que soplen los vientos hasta que despierten a la muerte...!” (II, I, 182 – 184)

Esta tempestad cumple dos funciones, a saber: favorece a los venecianos, y, alcahueta, himenea, junta a los novensanos.

(En *Otelo*)

Tempestades que taran al Rey Lear

*

Lear ha maldecido a sus dos hijas malas.

--...*Pensáis que voy a llorar,
No, no voy a llorar. [Tormenta y tempestad.]
Tengo todas las razones del mundo para llorar, pero este corazón
Se romperá en mil pedazos
Antes de verme llorar. ¡Ay, bobo, me voy a volver loco!*

(II, II, 471 – 475)

Sólo la edición en Folio incluye la Dirección Escénica (“Storm and tempest”). El llanto contenido del Rey parece causar el de los cielos. Y ahí sale Lear, “atendido por un tren desesperado” (II, II, 495) (sólo su Bufón lo acompaña), al páramo pelado, y viene la noche (II, II, 490 – 491), una “noche salvaje” (II, II, 498).

*

El acto tercero se abre así:

Kent: *¿Quién va, además del horroroso tiempo?*

Caballero: *Uno que anda, como el tiempo, sin ningún sosiego.*

Kent: *Os conozco. ¿Dónde está el Rey?*

Caballero: *Contendiendo con los irritados elementos.*

*Pide al viento que vuelque la tierra en el mar,
O hinche las rizadas aguas echándolas sobre la costa,
Para que las cosas puedan cambiar, o cesar; se tira de sus blancos cabellos,
Que las impetuosas ráfagas, con una ira que ha perdido los ojos,
Atrapan en su furia, deshaciéndolos con desprecio;
Se esfuerza, en su pequeño mundo de hombres, por burlarse
Del ir y venir del viento y de la lluvia, sus contrarios,
Y en esta noche, en la cual la osa vaciada de leche por sus crías busca la madriguera,
Y el león y el lobo con retortijones
Mantienen secos sus pelajes, corre descubierto,
Y ruega que se quede con todo quien quiera.*

(III, I, 1 – 15)

Si Próspero será *señor* de la tempestad, el pobre Lear se sujeta a ella, se pierde (pero ya lo han perdido sus hijas malas) en su laberinto. Conserva Lear, no obstante, cierta ilusión de dominio sobre ella, y la anima para que termine un mundo podrido, desafiándola finalmente, como si se hubiese aliado con sus hijas para torturarlo:

Lear: *¡Soplad, vientos, y quebrad vuestras mejillas! ¡Enfureceos, soplad!*
Vosotras, cataratas, y vosotros, huracanes, estallad
Hasta que halláis hundido nuestros campanarios, y abogado a los gallos!
Vosotros, fuegos sulfurosos que ejecutáis los pensamientos,
Avanzadilla de los rayos que parten en dos los robles,
¡Chamuscad mi blanca cabeza! ¡Y tú, trueno que todo lo sacudes,
Allana la gruesa rotundidad del mundo,
Rompe los moldes de la naturaleza, derrama de una todos los gérmenes
Que hacen desagradecido al hombre!
(...)
¡Que rujá tu estómago lleno! ¡Escupe fuego, vomita lluvia!
Ni lluvia, ni viento, ni trueno, ni fuego son mis hijas:
Yo no os acuso a vosotros, elementos, de despiadados,
Que nunca os di un reino, ni os llamé hijas mías:
No me debéis, por tanto, subscripción alguna. Así que entregaos
A vuestros horribles placeres. Aquí estoy yo, vuestro esclavo,
Un pobre viejo, enfermo, débil, desdeñado.
Y, sin embargo, os llamaré aún ministros serviles,
Pues añadís vuestras fuerzas, engendradas en lo alto,
A las de dos hijas perniciosas, contra una cabeza
Tan vieja y blanca como ésta. ¡Ay! ¡Es guerra sucia!

(III, II, 1 – 9; 14 – 24)

Al cabo, se somete a ella:

--No, seré el modelo de la paciencia,
No diré nada.

(III, II, 37 – 38)

Kent lo encuentra entonces, y le pide que se refugie. Lear, primero, no quiere: los “iracundos cielos” (III, II, 43) no lo persiguen a él, que es casi inocente (“Yo soy un hombre / contra el que han pecado más de lo que ha pecado él” [III, II, 59 – 60]), sino a los desgraciados que han escapado a la justicia de los hombres.

Luego, en cambio, observando que comienza a perder el juicio (III, II, 67) acepta que lo conduzcan a una choza. A la puerta de la choza, Lear se niega a entrar. “Esta tempestad no me dejará ponderar / cosas que me duelen más” (III, IV, 24 – 25):

--...*Cuando la mente se ve libre*
El cuerpo se torna delicado: esta tempestad de mi mente
Borra toda sensibilidad de mis sentidos
Salvo la que palpita aquí, la ingratitud filial.

(III, IV, 11 – 14)

Son dos tempestades, entonces, las que desquician a Lear. Cordelia, cuando la enteran de cómo han roto a su padre, grita, o llora (“cried”): “Hermanas, hermanas, la vergüenza de las damas, hermanas! / ¡Kent, padre, hermanas! ¿Qué? ¿En la tormenta, en medio de la noche?” (IV, III, 28 – 29)

(En *El Rey Lear*)

Brujerías

Un trueno. Salen las tres Brujas.

Bruja Primera: *¿Dónde has estado, hermana?*

Bruja Segunda: *En la matanza del cerdo.*

Bruja Tercera: *Hermana, y tú ¿dónde?*

Bruja Primera: *La mujer de un marinero tenía castañas en su regazo,
Y masticaba, y masticaba, y masticaba; 'Dame', le digo,
'¿Que te aspen, bruja!'; grita la desgraciada culona.
Su marido se ha ido a Alepo, capitán del Tigre,
Pero yo navegaré hasta allí en un cedazo
Y, como una rata desrabada,
Haré, y haré, y haré.*

Bruja Segunda: *Levantaré un viento para ti.*

Bruja Primera: *Eres muy amable.*

Bruja Tercera: *Y yo otro.*

Bruja Primera: *Yo domino todos los demás,
Y por los mismos puertos donde soplen,
En todas las regiones que conocen
Las cartas de navegar,
Lo dejaré tan seco como el heno:
El sueño ni de día ni de noche
Colgará de los aleros de su cobertizo:
Vivirá como hombre prohibido.
Siete por nueve veces nueve agotadoras noches
Se irá para abajo, y luego para arriba, y desfallecerá:
Aunque no pueda perder su barca
La sacudirá la tempestad.*

(I, III, 1 – 25)

La Bruja levantará una tempestad para castigar la insolencia de la esposa del marinero.

(En *Macbeth*)

Alucinación

La Hija del Alcaide, soñándose Dido, o Ariadna, imagina el naufragio del amigo traidor:

*--Allá veo el mar, y un barquito: ¡cómo se tambalea!
Y una roca, que acecha debajo del agua...
¡Ahora, ahora, la nave va a encallar: ahora, ahora, ahora!
¡Se desfonda, y hace agua! ¡Qué lamentos se oyen!
¡Ponedla a sotavento, o lo perderéis todo!
¡Desplegad una o dos de las velas bajas y virad de bordo, chicos!
Buenas noches, buenas noches, ya os habéis ido.*

(III, IV, 5 – 11)

Tarada todavía, sigue con su tema marinero:

Hija: *¿Sois capitán de barco?*
Alcaide: *Sí.*
Hija: *¿Dónde está vuestra brújula?*
Alcaide: *Aquí.*
Hija: *Buscad con ella el norte.*
 Y ahora poned rumbo al bosque, donde Palamón
 Me espera, anhelándome. ¡Los aparejos
 Dejádmelos a mí; venid, levad el ancla, corazones míos, ánimo!
Todos: *¡A la una, a las dos, y a las tres!*
 ¡Ya izamos velas! ¡El viento es favorable! ¡Desanudad la bolina!
 ¡Desplegad la mayor! ¿Dónde tenéis el silbato, contramaestre?
Hermano: *Vamos a meterla en casa.*
Alcaide: *¡Súbete al palo mayor, chico!*
Hermano: *¿Dónde está el timonel?*
Amigo 1º: *Aquí.*
Hija: *¿Ves algo?*
Amigo 2º: *Un hermoso bosque.*
Hija: *Enfiladlo, contramaestre.*
 ¡Virad!
[Canta.] *“Cuando Cintia, con su luz prestada...”*
 [iSalen.]

(IV, I, 141 ss.)

(En *Los dos nobles parientes*)

Romanceras

Prólogo

Tempestades verdaderas, alegóricas y fantásticas marean los cuatro *romances* de Shakespeare. Una titula el último, y lo comienza: allí el Mago, igual que hizo Agamenón con Ifigenia, entrega a su hija al Otro como ofrenda a los dioses, para que éstos le den buen viaje y lo saquen de su isla feliz, imposible.

En *Pericles*

*

George Wilkins describió así en su novela la incestuosa tarquinada de Antíoco. Ganoso, “mandó el rey Antíoco a todos que salieran de la cámara de su hija, como si tuviera algún negocio que requería sus cuidados paternos, de tanta importancia que necesitaba atenderlo en conferencia privada con ella”. Usó primero “la persuasión” y la fuerza de su autoridad. Quisiera ella o no, “él era un tirano, y haría su voluntad”. A ella la maravillaron sus extrañas palabras: no las comprendía. El rey, entonces, “olvidando el temor del cielo, el amor a su hija, o su reputación entre los hombres (...) desató el nudo de su virginidad y se fue...”

Su aya la encontró anegada en llanto; tanto lloraba la muchacha, que *no pudo decir su des-gracia*, sólo que “*dos nombres acababan de perderse en aquella habitación, el nombre del Padre y el de la Hija*”². La buena mujer intentó averiguar más: así, “con su sabiduría, *amainaría la violencia de la tempestad* que estropeaba aquel bravo edificio”.³

Aquella violenta *tempestad* era la *representación* (teatral) del horror de la princesa, de la calamidad íntima que traía la pérdida del nombre del Padre, del nombre de la Hija (¿y cómo no sonreírse, pensar en Lacan?): “tan de prisa derramaban agua las centinelas de su ciudad arrasada, que no basta decir que llovían sus lágrimas, sino que más bien provocaban grandes inundaciones...”⁴

² Esto lo trae Wilkins de la novela de Lawrence Twine, *The Patterne of Painefull Aduentures*, cap. 1. Allí leyó: “...el nombre del Padre se ha perdido en mí, y ahora no me queda otro remedio que la muerte...” En Bullough (1966: vol. VI, 426).

³ George Wilkins, *The Painfull Adventures of Pericles, Prince of Tyre*, cap. 1. En Bullough (1966: vol. VI, 495 – 496).

⁴ George Wilkins, *The Painfull Adventures of Pericles, Prince of Tyre*, cap. 1. En Bullough (1966: vol. VI, 495 – 496).

*

La de Apolonio / Pericles es una historia borrascosa. Aunque la primera tronada es figurada. Digo, el temporal que mosqueó a Pericles. Digo, la marejada que removía el corazón negro de Antíoco. Pericles se olió la tormenta, y voló. En Tiro, el principito se aconsejaba con el buen Helicano. Antíoco no iba a tolerar “que nadie abriese su negro lecho” (I, II, 89), y mirase entre sus sábanas. Vendría a asolar su ciudad, y el amor que sentía Pericles por su gente le quitaba el sueño y los colores de la cara. No sabía “cómo detener *esta tempestad* antes de que venga” (I, II, 98), “la ira y la furia” (I, II, 109) de su enemigo.

*

Tiempo de fortuna, o *fortunoso*, llaman también a las tormentas. Y sí, madre de la suerte es la primera tempestad real, que no pisa tablas. Es cuento (otro) de John Gower, el Coro. De oídas nos enteramos de que en ella ha perdido Pericles cuanto poseía, y casi todo lo que era (rescatará la armadura que había heredado de su padre) (*Prólogo* al Acto II y II, I, 1 – 11). En aquella “vasta pista de tenis” las aguas y el viento juegan con él como con una pelota... (II, I, 59 – 61) “Y yo, siguiendo mi naturaleza, os obedezco” (II, I, 4). El náufrago se dejará llevar y traer con mucha resignación.

*

Pericles ganará a Thaisa en Pentápolis, y ella concebirá enseguida. Pasan casi nueve meses, y tienen que coger un barco, regresar a la patria, “pero el humor de la fortuna / varía de nuevo: el terrible septentrión / vomita una *tempestad*...” (III, *Pról.*, 46 – 48) Otra aún. Pericles se dirigió, de suplicante, a los dioses:

--¡Tú, el dios de estos vastos oceanos, abronca a las olas
Que lavan cielos e infiernos; y tú, que tienes
El mando de los vientos, amárralos con bronce,
Ya que los has invocado desde las profundidades! ¡Oh, haz que callen
Tus truenos ensordecedores, tremendos; apaga gentilmente
Tus relámpagos ágiles, sulfurosos! Ay, dime, Licórida,
¿Cómo va mi reina? Signes aún con tu venenosa tormenta:
¿Te escupirás entero?

(III, I, 1 – 8)

Y adelantan ya, esos dioses que pueden en los cielos y en los mares, a Próspero, señor de una tempestad de cuento, el autor de *La Tempestad*.

*

A Pericles se le murió, pensó, primero su mujer, ahora su hija.

-- *Jura*
Que no se lavará más la cara, ni se cortará los cabellos.
Se pone un saco de arpillera, y sale a la mar. Soporta
Una tempestad que resquebraja su nave mortal,
Pero pasa al otro lado.

(IV, IV, 27 – 31)

“Soporta / una *tempestad* que resquebraja su nave mortal, / pero pasa al otro lado” (IV, IV, 29 – 31). Los tres versos resumen, figuradamente, la *historia* (el *caso*) de Pericles / Apolonio.

Pero la tempestad es también literal, y bondadosa, pues lo favorece, llevándolo a Mitilene, donde encontrará a Marina.

*

¿Y Marina? Es hija del mar desde su nombre, y fue su partera, y su primera nodriza, una tempestad.

-- *¿Ay de mí! Pobre muchacha,*
Nacida en una tempestad, cuando mi madre murió,
Este mundo me parece una tormenta interminable,
Que me aparta atropelladamente de mis amigos.

(IV, I, 17 – 20)

Ésa será además su seña: por ella la reconocerá su madre:

-- *¿No has nombrado una tempestad,*
Un nacimiento y una muerte?

(V, III, 33 – 34)

*

Cinco veces han dicho, en *Pericles*, la palabra “tempestad”. Las tempestades, aquí, hacen y deshacen. Son un recurso muy sobado en el *romance* para facilitar peripecias, inverosímiles coincidencias. Son también el instrumento del destino.

En *Cymbelino*

Cymbelino es pastoral, y sólo se alude a una tormenta simbólica, la de la traición a Belario:

-- *Cymbelino me amaba,
Y cuando un soldado era su tema, mi nombre
Nunca tardaba en asomar: era yo, en aquel tiempo, un árbol
Cuyas ramas doblaba el peso de su fruta. Pero una noche
Una tormenta, o un robo (llamadlo como os plazca)
Eché a tierra mis maduras colgaduras, no, mis hojas,
Dejándome pelado en la intemperie.*

(III, III, 58 – 64)

En el *Cuento de invierno*

*

Una tempestad preside, ya que no el nacimiento, sí las primeras horas de la vida nueva de Perdita, expuesta en “los desiertos de Bohemia”. “En mala hora” han tocado aquel puerto, con aquella carga. “Los cielos, con esto que tenemos entre manos, se han enfadado, / y nos miran ceñudos...” (III, III, 1 – 6) Dejan allí al bebé, para que lo acaben, o no, las bestias. “Vas a tener, seguramente, / una nana demasiado recia...” (III, III, 54 – 55) Habla Antígono como habló Pericles al recibir a su pequeña, recién nacida, en sus brazos: “¡Ahora, ojalá vivas en calma, / que ningún niño tuvo un nacimiento más borrascoso!” (*Pericles*, III, I, 27 – 28)

Se desplomarán los cielos, justicieros, y hundirán la nave de quienes habían abandonado a la niña (III, III). El Payaso contará cómo se han ido al fondo (III, III, 83 – 104), y sus palabras (“¡Oh, cómo lloraban las pobres almas, daba pena! Ahora las veías, ahora no las veías...” [III, III, 90 – 91]) anticipan las de Miranda (“¡Ay, sus lamentos han golpeado con sus nudillos / en las puertas mismas de mi corazón! ¡Pobres almas, han perecido!” [I, II, 8 – 9]).

*

En *Pandosto*, la novela de Robert Greene que sirvió, quizás, de fuente a Shakespeare, el Rey “quiso encomendar a la niña a la fortuna”, y ordenó que la pusieran en “una pequeña balsa” (“a little cockboat”) sin vela ni gobernalles, amparándola del viento y del temporal con unas ramas, y la abandonasen en el mar. Es su suerte, por tanto, muy semejante a la de Thaisa, y a la de Próspero y Miranda.

*

Paulina, la dama compañera de la reina Hermíone, maldice al rey Leontes, su marido, que la ha matado con sus sospechas. Simboliza la penitencia (que, de todos modos, no lo redimiría) que le impone con “una perpetua tormenta”.

-- *Así, dedícate*
Por entero a la desesperación. Aunque juntaras
Mil rodillas durante mil años, aunque te desnudaras, y ayunaras
En un monte pelado, y pasaras los inviernos
En una perpetua tormenta, no moverías a los dioses
A que mirasen por lo tuyo.

(III, II, 209 – 214)

*

Florizel y Perdita, novios de novela, van a huir del padre de él a remo y vela. Hacerse a la mar, dice Camilo, su consejero, significa “dedicaros salvajemente / a aguas que nadie ha hollado, a costas que nadie ha soñado” (“a wild dedication of yourselves / to unpath’d waters, undream’d shores...” [IV, IV, 567 – 568]). Justo eso harán Próspero y Miranda: se *dedicarán* (vale consagrarse, ofrecerse) a aguas que nadie ha hollado jamás, a las playas, que nadie ha soñado, de su isla.

En *La Tempestad*

Próspero arma, con la ayuda de Ariel, una tempestad fabulosa. Ocupa la primera escena, y gana el título de la obra.

Le servirá para traer a sus enemigos a su isla y redimirlos: “El tema de *La Tempestad* es la regeneración. (...) Los viajeros, pasando de la muerte al nacimiento, sufren una mudanza en el mar, llegando por fin al otro lado de la tormenta.”⁵

También, para ganar su triste restauración (pues su idílica monarquía ha fracasado).

⁵ Fraser (1992: 242).

Con ella, sobre todo, intenta casar bien a su hija Miranda. O sea, perderla, quitársela de sus pegajosos sueños:

Alonso: *¿Cuándo perdisteis a vuestra hija?*

Próspero: *En esta última tempestad.*

(V, I, 152 – 153)

*

Próspero asegura a sus huéspedes forzosos que facilitará su cómodo regreso:

-- *Yo lo podré todo,
Y os prometo mares en calma, vientos auspiciosos,
Y una navegación tan expedita, que alcanzaréis
Al resto de la flota real, allá lejos.*

Pero necesita para ello (es su último trabajo) a su ministro mágico. Aparte, le dice:

-- *Mi Ariel, mi chico,
Ésa es tu carga: ¡luego a los elementos,
Sé libre, y adiós!*

(V, I, 313 – 318)

Pero de pronto pierde la confianza en su *Arte*, y en su duende, y nos ruega, en el *Epílogo*, que lo saquemos de aquella “isla vacía”, que hinchemos, con nuestro aliento, las velas de su nave. Nos pone con ello en el sitio del “enmascarado Neptuno” (*Pericles*, III, III, 36).

Y es que el Rey Mago no sólo ordena la tempestad inicial. Escribe, y dirige, *La Tempestad*.